

El espíritu del agua

Autor: Rafael Rubio

Editorial Planeta Sostenible

La historia cuenta que hace mucho tiempo
en un pueblito al lado de Rancagua
junto a un estero que llevaba piedras
había un huerto que pedía agua.

La lluvia huyó. Las flores se secaron.
Se enroscaban raíces en las piedras
ni el sol cantaba al agua en el estero
ni el árbol se abrazaba con la hiedra.

Todo el huerto lloraba en sus raíces.
¿Dónde se habrá metido el agua fresca?
Lechugas, zanahorias y maíces
escarbaban rabiosas en la tierra.

De pronto, el cebollín de tallo verde
alzó la voz y dijo: —¡Compañeros!,
se está secando el lecho de los ríos,
está muriendo el agua en el estero.

—Deberemos partir hacia otras tierras
buscando el agua de un arroyo fresco.
No habrá camino que nos guíe el paso.
El agua debe estar tras esos cerros.

—¿Dónde queda ese sitio, capitán?

—le preguntaban todos—, ¿hacia dónde?

—Hacia un lugar adonde nadie va,
detrás de esos parajes con sus montes.

—Aunque sea perdida en la quebrada
o escondida debajo de la tierra
visitaremos el hogar del agua,
y el agua nos recibirá contenta.

—¡Viva el agua! —gritaron las verduras,
mientras se preparaban para el viaje.

¿La travesía durará una vida?

¡Toda la vida de los pastizales!

Reunidos los verdes vegetales
muy pronto comenzó la travesía
Iban todos en fila, en sus proclamas,
buscando ansiosos el agua perdida.

Marcelo, el cebollín, iba adelante

dirigiendo la verde comitiva.

Las cebollas iban blancas de miedo,

los berros iban verdes de alegría.

Las cebollas marchaban lentamente.

Las zanahorias iban desenvueltas,

erguidas y orgullosas, diligentes.

Ansiosas, las lechugas siempre frescas.

De pronto, divisaron un conejo
saliendo raudo de su madriguera.
Era un conejo enorme, amenazante,
que sacudía sus grandes orejas.

—¡Nos va a comer a todos! —se decían
las hortalizas, temblando de miedo.
—¡Corramos! —gritó huyendo la sandía.
—¡Corramos lejos! —dijeron los berros.

Andrés, el gran conejo, sigiloso
se acercaba a la lechuga del huerto
con intenciones serias de engullirla
de un solo tarascón, el angurriente.

—¡Se comerá a Leticia, la lechuga,
sin piedad el desalmado conejo!
¡Que se harte de la hierba del campo
y nos deje en paz y se vaya lejos!

¡Pero el conejo codicia a Leticia
y al berro verde y a la zanahoria!
¡Si se comiera a los 3, el conejo,
sería un mal final para esta historia!

Por suerte estaba allí melón, el sabio,
quien convenció al conejo Andrés que huyera

con lo puesto, pues ya venía el zorro
enemigo de conejos y ovejas.

Ya libres del conejo y su amenaza,
reemprendieron el viaje las verduras.
—¡Viva el agua! —gritaban, muy alegres,
sin saber que vendría otra aventura.

A poco andar, hallaron una noria
junto a una casa de madera vieja.
—¡Agua! —gritaron todos—, ¡la encontramos!
Quien se acercó primero fue la acelga.

Hizo bajar el balde al fin del pozo,
para sacar el agua allí escondida.
Pero no había agua: solo piedras
y mucha sed. Es todo lo que había.

Todos los vegetales sollozaban
ante las piedras de la noria seca.
—¡Salimos de la huerta a buscar agua
y lo único que hallamos es tristeza!

De pronto, el cebollín, cara de rayo:
—No pierdan la esperanza, compañeros:
estamos cerca de nuestro destino,
el agua vive donde muere el cerro.

De todas las verduras de la huerta,

la de mejor oído era la acelga.
Escuchaba hasta el paso de una hormiga
o la sangre corriendo por las venas.

—¡Avísanos, acelga, si oyes algo!
Cualquier rumor de agua, cualquier seña:
o en la copa que bebe el campesino
o en el lecho del cerdo en la batea.

La acelga afinó muy bien el oído.
Solo podía escucharse el silencio.
No había rastro de agua, en todo el campo,
ni un río, ni una acequia, ni un estero.

Habiendo caminado un largo trecho
la acelga empezó a oír un ruido extraño:
era como una voz de muchas aguas
que conversaban entre sí, a lo lejos.

Todos iban marchando hacia esa voz
que venía desde detrás de un cerro.
Se largaron a correr muy alegres
porque oían la voz de mil esteros.

No había nada. Todo era silencio
sobre la claridad que deslumbraba.
Lo que habían escuchado era solo
la voz del espíritu de las aguas.

—Vegetales del campo, como ven,
yo soy el alma de las aguas vivas.
El agua que da aliento a los torrentes,
y riega los sembrados y las viñas.

Madre de árbol y madre de frutos,
hija de tierra, hermana de los ríos
es la energía que mueve las cosas,
y la madre de cuanto ha nacido.

Si quieren hallarla, vayan al monte
donde se pierden todos los senderos:
allí oirán el canto de las aguas
y acabará el cansancio del destierro.

Siguieron los consejos del espíritu,
enfilaron derecho hacia el gran monte
una vez allá arriba, contemplaron
el paisaje sediento, el horizonte.

Estaban tristes. Ningún rastro de agua:
la tierra entera era como un desierto.
—¿Dónde estás, agua? —preguntaban todos.
Y el agua respondió imitando al viento.

—Soy el agua, el agua que canta
la canción del cielo y de la tierra.
El agua que tiembla, porque tiene miedo
de quedarse dormida entre las piedras muertas.

—¿Qué podemos hacer
para que vuelvas a animarlo todo?

—Oigan su corazón.
Allí está escrito
todo lo que deben hacer
para cuidar la vida.

Los vegetales al principio no comprendieron
pero poco a poco y en silencio
comenzaron a escuchar su corazón.

Lentamente empezaron a nacer las vertientes
dando saltos sobre las piedras blancas,
y los ríos saludaron a las hierbas.

El cielo despertaba
de un sueño más oscuro que la sed de la tierra.
Los vegetales, inclinándose delante de ellos mismos,
seguían su propio corazón
levitando sobre sus raíces.

Los pastos temblaban de alegría
y la tierra cantaba, levantando los brazos,
porque el agua era hermosa y el cielo era hermoso
y se querían como hermanos buenos.

El agua nunca más se escondería

debajo de la tierra, entre las piedras

donde no llega el trueno ni la lluvia.

El agua que es la novia de todo lo que vive

desde que el cielo es cielo

y la tierra es tierra.

El agua, más hermosa que un árbol transparente

criadero de pájaros, pajarera del cielo

¡atravesada por un rayo verde!

Antes de los arroyos y los ríos,

al principio de todo, estaba el cielo

Y el cielo se hizo agua y habitó entre nosotros

soltando sus vertientes,

¡sus esteros!

FIN